

Alerce

Nueva época, Año 4, N° 36, Agosto de 2017. Director: David Hevia



El Mundo de las Letras Da la Partida al Rescate Patrimonial de la Obra de Francisco Contreras

“A esa hora de la oración y de la cena el pueblo estaba sin vida. Extendido sobre aquella meseta estrecha, rodeada de hondonadas azules de vegetación, encerrado por los montes que mordían el horizonte por todos lados, se aglomeraba alrededor de la iglesia de muros pintados y techo de zinc, en una soledad de abandono y un silencio de muerte”.

El emblemático comienzo de *El Pueblo Maravilloso* (1927) es, por sí mismo, muestra del alto calibre de las letras que Francisco Contreras Valenzuela (1877-1933) disparó sobre el papel en la escena local y universal del arte.

Poeta, narrador y agudo ensayista, la literatura del fundador del *mundonovismo* deslizó su impronta por los cinco continentes, aunque siempre, en sus mejores páginas, late el recuerdo de Quirihue, su tierra natal. Precisamente allí, el pasado día 19 de julio, tuvo lugar un encuentro clave en la perspectiva de dar curso a una serie de iniciativas tendientes a restituir, para el conjunto de la sociedad, el invaluable aporte legado por tan inquieto espíritu

humanista. Y es que la comuna fue sede de una promisorio y fructífera reunión de trabajo en la que participaron el alcalde, Richard Iribarra, el presidente de la Filial Ñuble de la Sociedad de Escritores de Chile, Luis Contreras, y el director nacional de la Sech, David Hevia. El diálogo, iniciado en el despacho edilicio, concluyó con una visita a las dependencias del remozado Teatro Municipal “Francisco Contreras Valenzuela”. En la ocasión, los interlocutores manifestaron su decidida voluntad de poner en marcha el rescate patrimonial de la obra del autor de *Toisón*, *Romances de Hoy* (1907), *Los Modernos* (1909) y tantas otras piezas de reflexión estética y filológica.

Al hacer uso de la palabra, la autoridad comunal se comprometió a promover, en el marco del Concejo Municipal, una propuesta para dar el nombre del literato a una de las arterias de la comuna, al tiempo que activó las gestiones que permitirían erigir un sitial para el traslado definitivo de las cenizas del autor fallecido en París y cuyos restos mortales fueron repatriados el 27 de febrero de 2007. Por otra parte, Luis Contreras destacó la raíz identitaria de los textos del recordado escritor nacional. “Las grandes obras de Francisco Contreras describen con inusitado talento, en cada párrafo, en cada línea, un paisaje cuya fisonomía concreta solo puede comprenderse a cabalidad cuando se recorre Quirihue, pues ese mundo que habitó en sus primeros años siguió inspirando su pluma hasta sus últimos días”, señaló al respecto el profesor universitario e investigador del frondoso catálogo del autor, subrayando que esa dimensión específica

vincula intrínsecamente la escritura del intelectual con el horizonte del desarrollo cultural de Quirihue. En tanto, David Hevia puso sobre la mesa la necesidad de reeditar la poesía, la narrativa y el ensayo del colaborador de *Le Mercure de France*, y se comprometió, junto a su homólogo de la Filial Ñuble, a elaborar juntos una propuesta de *Antología*, que pueda dar lugar a un libro que recorra bibliotecas, escuelas, universidades y centros culturales del país divulgando en verso y prosa al entrañable amigo de Rubén Darío. “Francisco Contreras no solo es un nombre esencial de las letras chilenas; es el eslabón a través del cual se desliza buena parte de la historia de los lazos entre los creadores de América y Europa de las primeras décadas del Siglo XX”, puntualizó el director nacional de la Sech.

La visita al Teatro Municipal permitió explorar in situ, en aquella misma jornada de trabajo y análisis de restitución patrimonial, las posibilidades de construcción del espacio icónico a partir del cual la ciudadanía podrá recordar a su notable coterráneo, elogiado por Gabriela Mistral, Alone y José

Promis, quien, a propósito de su *Preliminar sobre el Arte Nuevo* (1902), dijo que con ese escrito “el autor se adelanta considerablemente a la sensibilidad literaria de su propia generación y define la sensibilidad de la generación modernista” (*Testimonios y Documentos de la Literatura Chilena*, 1977). El incansable cometido del vate dejó escapar de su puño palabras como las que siguen:

Luna de la Patria

Amo a la patria que adversa,
me desconoce o me olvida;
para ella daré mi fuerza,
por ella daré la vida
Amo la tierra hosca y rancia
de breñales y de espinos:
en ella mi clara infancia
soñó sus sueños divinos.
Amo la montaña eterna,
que hacia los cielos se exalta;
a su sombra mi alma tierna
aprendió a ser firme y alta.
Amo el cielo de fulgenciano
vista sobre las cimas;
en su azul mi adolescencia
tiñó mis primeras rimas.

Francisco Contreras Valenzuela, 1911

POÉTICA

Había dejado su huella en la orilla:
la ausencia de unas pisadas inundada.
Pasó una gaviota graznando,
no miró hacia abajo, solo volaba y graznó,
no hubo despedidas ni cartas,
solo se despojó de esas huellas,
efímeras cuencas de espejos en el bordemar.

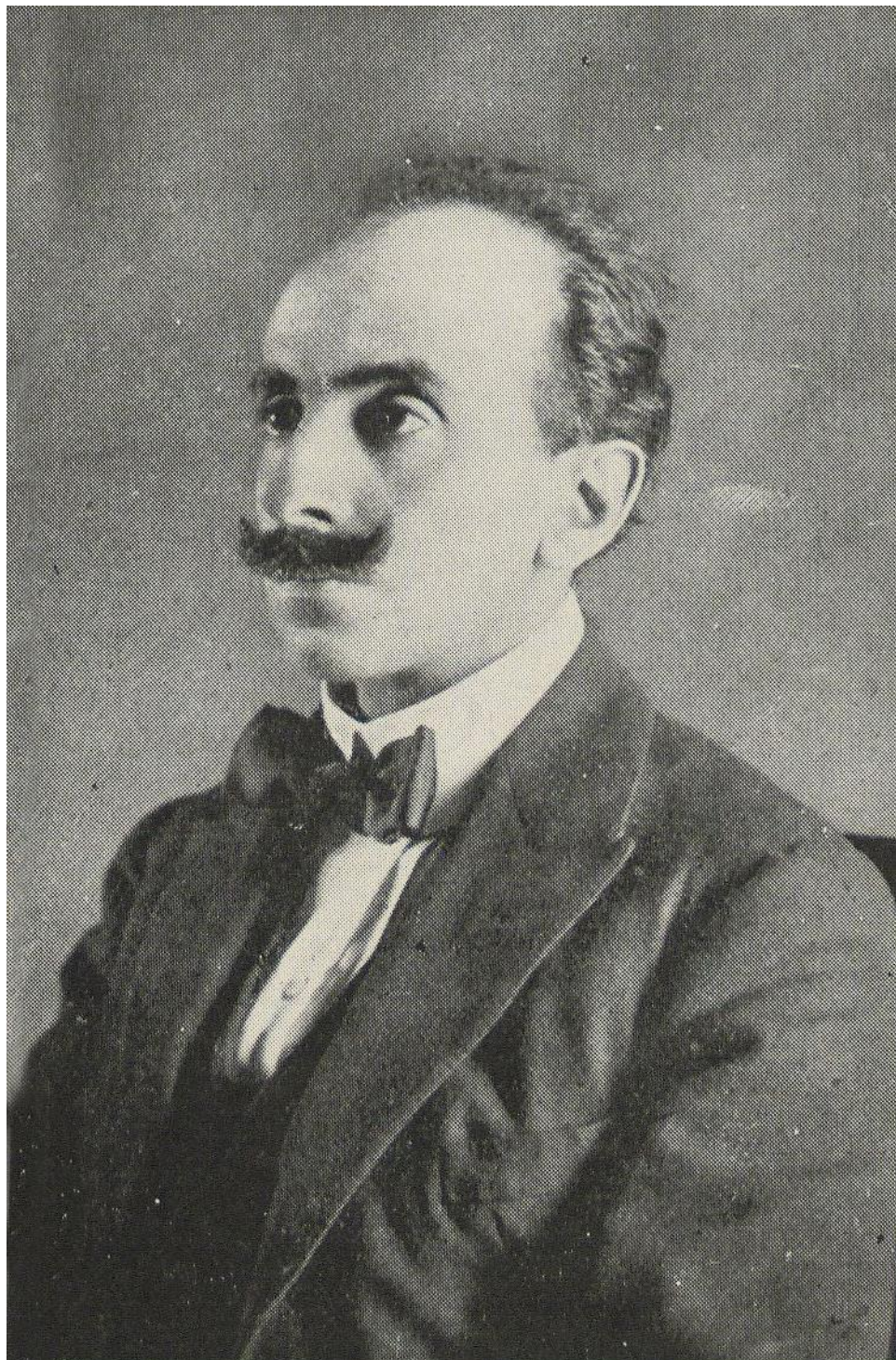
Alertó a la policía ver la radio solitaria
sonando frente a las olas.
Miraron y miraron sus preguntas a las aguas:
polleras agitadas que bailaban
y galopando tiraban a la arena sus nevadas

Joaquín Blanco

Integran el Directorio Nacional de la Sech: Roberto Rivera (presidente), Carmen Berenguer (vicepresidenta), Guillermo Martínez, David Hevia, Alfredo Lavergne, César Millahueique, Isabel Gómez, Juan Pablo del Río, María de la Luz Ortega, Leandro Urbina y Naín Nómez.



Sociedad de Escritores de Chile



NARRATIVA

El Ciego Herrera

Lo peor de haber llegado a la edad que tengo, es no contar con alguien de la familia que resuelva interrogantes sin aclarar, preguntas sin responder, curiosidades insatisfechas. Todos mis mayores están muertos. Soy el último sobreviviente de una larga y tradicional familia nortina.

Cuando el abuelo dilapidó en el juego y las mujeres la pensión y los ahorros de la abuela Carmen Luisa, ella echó mano a sus últimos recursos y, sin decirle nada a nadie, se embarcó en el Longino rumbo a la capital. Aquí compró una casona antigua en el barrio Yungay que se fue llenando con las amigas de mi tía Inés, con los colegas de mi tío Luís, con los pretendientes de mi madre Marta, con mi infancia, con los fieles pensionistas de la abuela que, por estudio o trabajo, también emigraban a la capital y, finalmente, con el abuelo que, con la cola entre las piernas, llegaba a cobijarse en el refugio que le ofrecía la abuela a un hombre que, por culpa de la diabetes y la próstata, había perdido el prestigio de fornicador infatigable (llegó a tener quince huachos entre las empleadas de la abuela, además de sus tres hijos legítimos).

Recuerdo la casa llena de amigos, familiares y pensionistas. ¿Qué los atraía? ¿Por qué buscaban a la abuela, a mi madre y a mis tíos? Los braseros del invierno con el mate y las sopaipillas pasadas, congregaban a decenas de coterráneos. Allí, infaltable, estaba Mario Mallegas, empleado bancario que una noche soñó entrando al hall central del Banco del Estado cagado hasta las patas: “En cada paso, la caca me brotaba del fondo de los zapatos, doña Luchita” –dijo aquella vez. La abuela le recomendó comprar un vigésimo de la Lotería. Mario compró el entero y se sacó los millones. Renunció a la pega e incursionó en negocios lucrativos, pero nunca dejó de visitar la casa de la abuela. También, alrededor del brasero se sentaba con los vestidos sobre las rodillas, la Leonor Zarricueta, hermosa y sensual profesora primaria, amiga de mi tía. Recuerdo la noche en que creyéndome dormido, confesó a mi madre que Moisés Ramírez, comerciante en quesos e infaltable en los almuerzos del domingo y en los festejos de los Luises, la había invitado a cenar y luego le propuso acostarse con él en un hotel. “¿Qué se habrá creído el roto de mierda, que una es puta?!” -protestó la Leonor con indignación-. Esa confesión me sonó tan extraña como incomprensible. Durante mucho tiempo no dejé de preguntarme ¿cómo sería aquello de invitar a una dama a acostarse en un hotel? Otro pensionista inolvidable de la casa de la abuela fue el Guatón Maldonado, funcionario administrativo de la Tesorería General de la República. Vivía en la pieza siete de la casona y siempre sospeché que era un eterno enamorado de mi madre. ¿Por qué le regalaba ramilletes de flores para su santo y la homenajeara con deliciosos pasteles de la “San Camilo”? A mi me quería como al hijo que no tuvo. El Guatón era hinchado del Santiago Morning y los domingos me llevaba al estadio a ver los partidos de ese club legendario. Me compraba insignias y banderines de esa institución deportiva. Durante años, cuando me preguntaban por mi club favorito, yo respondía: el Chaguito Morning, provocando las más curiosas reacciones entre mis amigos. A nadie le cabía en cabeza que un mocoso de nueve años fuera hinchado del Santiago Morning, era como si confesara ser aficionado a las zarzuelas y los miriñaques. Una noche, el Guatón nos despertó con unos alaridos de bestia herida. Se le había inflamado el apéndice. Mi madre, tratando de aliviar el dolor, le puso una bolsa de agua caliente en el vientre. Craso error, la apendicitis pasó a peritonitis y el pobre Guatón casi muere, después de pasar semanas postrado en la Posta Tres. ¿Por qué no regresó a la casa? ¿Sufrió algún desengaño? ¿Se sintió vulnerable? De los innumerables estudiantes que pasaron por la pensión de mi abuela, el más emblemático, fue el entrañable Lalo Rojas. Estudiaba Derecho. Se emborrachaba seis días de la semana, menos el Martes, ¿Por qué, Lalo? –le preguntaban todos. Y él respondía muy serio: “Porque el mundo terminará un día Martes y quiero estar lúcido para apreciarlo en

todo su dramatismo”. Los otros días de la semana, repetía un inalterado itinerario: se venía caminando desde la Estación Mapocho hasta la casa, entrando en todos los bares que le salían al camino. Llegaba como estropajo. Entonces trepaba al techo de su pieza encaramada sobre pilastras y con las manos abocinadas en la boca, lanzaba destemplados maullidos, provocando un escalofriante concierto de gatos de todo el vecindario. ¿Terminaría sus estudios? ¿Superaría, las díscolas serpientes que se le metían al cerebro? La señorita Inés Alfaro, enfermera universitaria, era la única de la casa que podía ver sangre, por lo tanto, su presencia era ineludible en cuanto accidente casero se producía. Era, además, la pensionista que gozaba de privilegios otorgados por la abuela. Por ejemplo, ocupar la sala de estar cualquier día de la semana, cuando la visitaba su novio, Pedro Pizarro Pobrete, minero de El Teniente. (Ella era enfermera del Hospital de Sewell y conoció a don Pedro cuando una roca le molió al obrero los dedos del pie) Yo espiaba a los novios a través de la cortina que separaba el living de mi dormitorio. Allí presencié las primeras escenas eróticas de mi vida. Don Pedro que llegaba encorbatado y compuesto como para asistir a un funeral, a los quince minutos ya se había bajado los pantalones y el trasero blanco y voluminoso de la señorita Inés, iniciaba, como el sol que se introduce lenta y suavemente en el mar, ceremoniosa entrada en el cartucho de dinamita que don Pedrito enarbolaba entre las piernas. ¿Qué habrá sido de los amantes clandestinos? ¿Sería casado y con hijos? ¿Dónde andará la señorita Inés llevando en su maletín de enfermera sus viejos amores ferruginosos? El abuelo Luis Samuel terminó sus días postrado en una silla de ruedas, mirando con ojos turbios el mundo, sin explicarse qué demonio hacía él en esta dimensión de tiempo y espacio. Adquirió una férrea mudez y solo movía las pu pilas azules siguiendo el desplazamiento de los pensionistas. ¿Qué escondían sus silencios? ¿Su vida de marino mercante? ¿Sus amores prohibidos? ¿Su orgullosa estirpe vasca? ¿Su mar...? ¿Su cielo...? ¿Su muerte...?

El más inesperado, el más insospechado, el más misterioso de todos los visitantes de la casa de la abuela, fue, sin duda, el Ciego Herrera. Así le decían: “Ciego Herrera”. Presumo que nadie sabía su nombre. El apelativo sonaba duro, cruel, porque el hombre era realmente ciego. ¿De dónde era? ¿Cómo apareció en la casa? ¿De quién era amigo? Nunca lo supe. Todos los viernes del año, lloviera, tronara, cayeran rayos y centellas, a las nueve de la noche, en punto, con precisión de reloj suizo, sonaba el timbre de la casa y todos, con una especie de escalofrío en la voz, murmuraban: “el Ciego Herrera”. Sentíamos sus pasos por el corredor de baldosas y su figura alta, enjuta, seca, de riguroso luto, se recortaba en el marco de la puerta del comedor. Paseaba su mirada sin vida por cada uno de los contertulios y con una voz erosionada por el humo de inagotables cigarrillos, saludaba con irónico estribillo: “Queridos amigos, felices los ojos que os ven”. Se sentaba en la silla asignada por la costumbre y mantenía un enigmático silencio que rompía para comunicar accidentes, cataclismos, muertes, desgracias nacionales

y extranjeras. Era capaz de predecir terremotos, aludes, incendios y cuanta desgracia, aqueja a este país, desde tiempos inmemoriales. El Ciego Herrera no tenía rivales en el ajedrez. Solo exigía que el oponente cantara su jugada. “peón cuatro Rey”. Y él, lenta, minuciosa, eficazmente, retorciéndose las hebras de su bigote manubrio de bicicleta, arrinconaba a su presa hasta dar jaque mate. Nunca se le vio reír. Lo único que parecía alegrarle la vida era la desfachatez con que lo saludaba el Lalo Rojas. “Este ciego del demonio ve debajo del alquitrán”. Solo entonces, el Ciego Herrera mostraba una hilera de dientes pequeños y amarillos. Profundo conecedor del alma humana, era capaz de detectar intenciones, malos pensamientos y desenmascarar en público acciones reñidas con la moral y las malas costumbres, como se decía en aquellos tiempos. Estoy seguro que todos temían que el Ciego Herrera les anunciara la data de muerte. Por eso trataban de pasar inadvertidos. Nunca nadie le contradijo ni lo miró más de la cuenta.

A las doce de la noche en punto, el Ciego Herrera se levantaba de la silla, dejaba flotando en la atmósfera una especie de vibración recelosa y, con mi tío Luis le acompañábamos hasta su casa. Vivía en la calle Mapocho, en unas casitas a orilla del canal que corría a tajo abierto. En medio del puente que atravesaba el torrente, el ciego se detenía, elevaba el rostro al cielo y, con el índice, nos indicaba constelaciones y estrellas, después, abría la bragueta y lanzaba al canal un chorro de micción fuerte y sonora.

Un viernes nebuloso de mi infancia, no sonó el timbre de la casa de la abuela, pero todos sentimos los pasos arrastrados por el corredor de baldosas y luego el estrépito de la puerta. Nos miramos a los ojos y, sobre la superficie de terror que tenían las miradas, se ocultaban lecturas más profundas que tenían que ver con la nostalgia por el mundo que se iba y con el desconcierto por el mundo que venía.

Rolando Rojo

Esríbenos a alerce@sech.cl

